MUNDO DE LIBROS

O locura o santidad: Drama en tres actos y en prosa

JOSÉ ECHEGARAY

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

O locura o santidad: Drama en tres actos y en prosa

José Echegaray

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española.

* Las abreviaturas y los nombres de los personajes han sido expandidos para mayor facilidad de lectura.

* Las páginas en blanco han sido eliminadas.

O LOCURA O SANTIDAD

O LOCURA O SANTIDAD,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR JOSÉ ECHEGARAY.

Estrenado en Madrid, en el Teatro Español, el 22 de enero de 1877.

MADRID:
Imprenta de José M. Ducazcal.
Plaza de Isabel II, núm. 6.
—

1877.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada _El Teatro_, de DON ALONSO GULLÓN, son los exclusivamente encargados de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTE ACTOR

DON ANTONIO VICO.

Cumplo deber ineludible, ejerzo acto de justicia y procuro dar público testimonio de cuánto admiro su gran talento y su inagotable inspiración, dedicando a Usted esta obra que fue la elegida para su beneficio y en que a tal altura raya Usted.

Usted, que desde mi primer ensayo en _El libro talonario_, ha venido ganándome aplausos y triunfos; Usted, que ha sido sucesivamente sobre la escena: el don Carlos de Quirós de _La esposa del vengador_, el Banquero de aquel epílogo de _La última noche_, el Fernando de _En el puño de la espada_, el Pablo de _Cómo empieza y cómo acaba_ y el Lorenzo de _O locura o santidad_, bien merece, y

es harto humilde recompensa, ya lo conozco, a cambio de tantos y tantos arranques sublimes, de tantos y tantos gritos desgarradores, de tantas maravillas de expresión, esta muestra de mi gratitud, de mi admiración y de mi amistad.

Echegaray.

PERSONAJES. ACTORES.

DON LORENZO DE AVENDAÑO[1]	SEÑOR VICO (DON ANTONIO).
ÁNGELA	SEÑORA MARÍN.
INÉS	SEÑORITA CONTRERAS.
LA DUQUESA DE ALMONTE	SEÑORA FENOQUIO.
EDUARDO	SEÑOR CALVO.
JUANA	SEÑORITA BOLDÚN.
DON TOMÁS	SEÑOR OLTRA.
EL DOCTOR BERMÚDEZ	SEÑOR BENAVIDES.
BRAULIO	SEÑOR RIQUELME.
BENITO	SEÑOR ROMEA.
UN CRIADO	SEÑOR CASTRO.

La escena, en Madrid, en casa de Don Lorenzo. — Época moderna.

[1] Por enfermedad del señor Vico se encargó a la quinta representación del papel de don Lorenzo el SEÑOR CEPILLO.

ACTO PRIMERO.

La escena representa el despacho de don Lorenzo: forma octógona.

— A la izquierda del espectador, y en primer término, una chimenea encendida: encima un gran espejo de marco negro: en segundo término, una puerta. — A la derecha, en primer término, otra puerta; en segundo término, una ventana. — En el fondo, la puerta principal. — En los dos chaflanes o lados oblicuos del octógono, grandes estantes con libros. — A la izquierda, una mesa de despacho con pupitre y sillón. — A la derecha, un sofá. — Sobre algunas sillas, sobre la mesa, en las repisas de los estantes y en las paredes, libros y objetos artísticos en confusión, pero sin que aparezca recargado el conjunto. — El adorno, elegante y rico, pero de gusto muy severo: cortinajes y muebles oscuros. — Es día de invierno: la luz muy escasa.

ESCENA PRIMERA.

DON LORENZO.

Sentado a la mesa y leyendo atentamente.

DON LORENZO.

«Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna

recompensa leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad con mi muerte». (_Suspende la lectura y queda pensativo largo rato_). ¡Locura luchar sin tregua ni reposo por la justicia en esta revuelta batalla de la vida, como luchaba en el mundo de sus imaginaciones el héroe inmortal del inmortal Cervantes! ¡Locura amar con amor infinito, y sin alcanzarla jamás, la divina belleza, como él amaba a la Dulcinea de sus apasionados deseos! ¡Locura ir con el alma tras lo ideal por el áspero y prosaico camino de las realidades humanas, que es tanto como correr tras una estrella del cielo por entre peñascales y abrojos! Locura es, según afirman los doctores; mas tan inofensiva, y, por lo visto, tan poco contagiosa, que para atajarla no hemos menester otro Quijote. (_Pausa. Después se levanta, viene al centro del escenario, y de nuevo se queda pensativo_).

ESCENA II.

DON LORENZO, DOÑA ÁNGELA, DON TOMÁS.

Los dos últimos se detienen en la puerta de la derecha, primer término, y desde allí, medio ocultos por el cortinaje, observan a don Lorenzo. Este en el centro y volviéndoles la espalda.

ÁNGELA.

¿Le ve usted? Como siempre; leyendo y pensando.

DON TOMÁS.

Ángela, su esposo de usted es todo un sabio; pero no abusemos de la sabiduría. Si la cuerda, cuanto más tensa, da sonidos más agudos, también con mayor facilidad se rompe; y al romperse, a la divina nota, sucede un eterno silencio. Mientras el cerebro se agita en sublimes espasmos, la locura acecha: no lo olvide usted. (_Pausa_).

DON LORENZO.

¡Extraño libro, libro sublime! ¡Cuántos problemas puso Cervantes en ti, quizá sin saberlo! ¿Loco tu héroe? Loco, sí: loco. (_Pausa_). El que no oyera más que la voz del deber al marchar por la vida; el que en cada instante, dominando sus pasiones, acallando sus afectos, sin más norte que la justicia ni más forma que la verdad, a la verdad y la justicia acomodase todos sus actos, y con sacrílega ambición quisiera ser perfecto como el Dios de los cielos..., ese, ¡qué ser tan extraño sería en toda sociedad humana! ¡Qué nuevo don Quijote entre tanto y tanto Sancho! Y al tener que condenar en uno el interés, la vanidad en otro, la dicha de aquel, los desordenados apetitos de este, las flaquezas de todos, ¡cómo su propia familia, a la manera del ama y la sobrina del andante caballero; cómo sus propios amigos, de igual suerte que el cura y el barbero y Sansón Carrasco; cómo jayanes y doncellas, y duques y venteros, y moros y cristianos a una voz le declararan loco, y por loco él mismo se tuviera, o al morir lo fingiría, porque le dejasen al menos morir en calma!

DON TOMÁS.

(_Acercándose a don Lorenzo y poniéndole una mano en el hombro. Doña Ángela se acerca también_). Lorenzo.

DON LORENZO.

(_Volviéndose_). Tomás... Ángela... ¿Estabais ahí?

DON TOMÁS.

Sí, escuchábamos a medias tu filosófico monólogo. ¿Y a cuenta de qué son esos sublimes desahogos de mi buen amigo?

DON LORENZO.

Lecturas del don Quijote, que se me suben a la cabeza y allá se mezclan con otras modernas filosofías, que andan vagando, como diría mi empedernido doctor, por las celdillas de la sustancia gris.

DON TOMÁS.

Como diría todo el que quisiera decir algo puesto en razón.

ÁNGELA.

¡Qué espanto! ¿Van ustedes a empezar una de esas interminables disputas sobre el positivismo y el idealismo y todos los demás _ismos_ del diccionario, que son otros tantos abismos del sentido común?

DON TOMÁS.

No se alarme usted, Ángela, que algo más interesante tengo que decir a Lorenzo.

DON LORENZO.

Y algo más urgente tengo yo también que preguntarte. (_A Tomás_).

ÁNGELA.

Ya lo creo: más interesante y más urgente que los disparates y embelecos de que se llenan ustedes la cabeza, es la salud de nuestra niña.

DON LORENZO.

¿Cómo encuentras hoy a la hija de mi vida? (_Con afán_).

ÁNGELA.

¿Cómo está Inés? (_Pausa_).

DON LORENZO.

¡Vamos!... ¡Responde!... ¡No nos tengas en esta ansiedad! (_Nueva pausa. Don Tomás mueve la cabeza con aire de disgusto_).

ÁNGELA.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com